

ENRIQUE BECERRA

El
PINTOR
de
MUJERES
sin
ROSTRO

algaida



Primera edición: 2012

© Enrique Becerra Gómez, 2012

© Fotografía de cubierta: Félix G. Modroño, 2012
(Bodega Morales. Sevilla)

© Algaida Editores, 2012

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

Composición: REGA

ISBN: 978-84-9877-770-3

Depósito legal: Se. 2.313-2012

Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

0	11
1	13
2	21
3	35
4	45
5	49
6	63
7	73
8	83
9	95
10	109
11	115
12	129
13	137
14	141
15	149
16	161
17	163
18	169
19	171

20	181
21	185
22	195
23	205
24	217
25	221
26	227
27	231
28	237
29	249
30	253
31	255
32	263
33	275
34	281
35	289
36	301
37	315
38	327
Epílogo.....	331

*A mis compañeros de tertulias literarias.
Especialmente a Julio López Mejías.*

FUE SU PADRE QUIEN LE ELIGIÓ EL NOMBRE DE PILA cuando nació: Rodrigo; sinónimo de conquistador. Fue su madre la que le tuvo que dar los dos apellidos; sinónimo de bastardo.

Y fue el Destino el que le deparó una existencia gris, triste y solitaria; sinónimo de perdedor.

COMO CADA NOCHE A ESO DE LAS OCHO Y MEDIA, Rodrigo deja la residencia de ancianos de la calle Sagasta en la que trabaja desde que acabó sus estudios de asistente social y se encamina a la Bodega Morales. El trecho es corto, pero él nunca tiene prisa ni se esfuerza por seguir el mismo itinerario.

Su rostro, su tipo, sus andares, son atemporales. Le cambias la indumentaria y no desentonaría ni en la Edad Media ni en el siglo XIX, por ejemplo. Cualquiera observador puede acertarle a la primera sus cincuenta años recién cumplidos, presumirle algunos menos si repara en sus piernas y brazos, fuertes y sólidos, o algunos más si fija la mirada en su pelo gris, rizado y mate; o en su derrotado caminar.

Manos anchas. Piel morena. Mirada sin destino. Y su reloj vital empeñado en mantener ese monótono tictac que le sigue —le persigue— a todas partes. A todas horas.

Hoy cruza por medio de la plaza de San Francisco. Lluve. Sin ganas, pero llueve. Y los transeúntes caminan pegados a las paredes para que las cornisas les protejan del agua. Porque llueve a traición. Amaneció un luminoso día de invierno. El hombre del tiempo anunció anoche temperaturas suaves y cielos despejados. Sin embargo, llueve a la hora de cerrar los comercios. Y nadie había cogido el paraguas por la mañana.

Rodrigo no se preocupa demasiado por el tema. Enfundado en su parka impermeable y calado el gorro hasta las cejas, enfila el camino a Morales por donde menos gente transita. Si los demás van por la acera él camina por medio de la calle. Y si los otros toman la Avenida, pues se desvía por las callejas laterales.

Sus pasos lo guían mecánicamente hasta la taberna donde, cada noche, verano e invierno, primavera y otoño, se toma dos vasos de vino blanco de Valdepeñas antes de regresar a su casa. Pequeña, la casa. Tan impersonal como él mismo. Un ático-*loft* con terraza, que diría un cursi con pretensiones. Un destartalado habitáculo resultado de la transformación de los antiguos lavaderos de la azotea del edificio, puntualiza la testaruda realidad. Sin embargo, a Rodrigo le vale. Como casa y como estudio. Cuarenta metros cuadrados son suficientes para albergar sus escasas pertenencias, su *hobby* —la pintura— y sus difuminados recuerdos; como pintados al pastel. En su futuro ni siquiera piensa. Ya llegará si tiene que llegar. Su vida es como un larguísimo presente sin

origen y sin fin. Una meseta infinita sin tan siquiera molinos de viento con los que pelearse.

Va a cruzar la Avenida por la esquina de Filella, aunque viene el tranvía y debe pararse. Las ventanillas son como televisores rodantes recortados en el brillante metal de los vagones que retransmiten muchos programas al mismo tiempo. Los viajeros son los actores, casi todos pensando en sus cosas, camino de casa después de un eterno martes de enero trabajando. Rodrigo evita el mirarlos y agacha la cabeza concentrándose en el húmedo gris del suelo de granito. Ni el triste muñir de la campana del lento y parsimonioso vehículo es capaz de sacarle de su abstracción. Emboca por la calle Fernández y González y, por fin, llega a la Bodega Morales.

Los fríos grises de la calle no pueden cruzar la puerta de la taberna, se lo impide la vida del interior, las conversaciones, las risas, el calor del vino y el color de la madera centenaria; oscura caoba en el mostrador y palillería modernista pintada de color hueso en las estanterías y celosías de detrás. Una de las poquísimas bodegas del siglo XIX que quedan intactas en la Sevilla del XXI. Rodrigo no entra en ella, por lo menos por la puerta principal de la calle de la Mar. Dobla la esquina y cruza el portón lateral, el que da acceso a la bodega trasera; la propiamente dicha, no a la taberna. Suelo de losa de Tarifa, techo de bovedilla, columnas de hierro fundido y doce majestuosas tinajas de color almagra de casi cinco metros de altura para ese templo de Baco.

A esas horas la parte trasera de Casa Morales está mucho más tranquila que la otra y por eso la prefiere Rodrigo. Escoge siempre la misma mesa. Se acerca a la barra y le sirven su primer vaso de valdepeñas blanco. Sin pedirlo. No hace falta. Cada vez que hay un dependiente nuevo en la bodega, lo primero que aprende es a mantener la tiza húmeda para apuntar en el mostrador las consumiciones y a servirle sin preguntar. Al Pintor, como se le conoce.

Se sienta en su velador, el que está en el rincón izquierdo, junto a la barra trasera. Media hora, más o menos. La primera copa se le hace eterna en el chato vaso y la segunda apenas le dura un segundo.

Durante treinta minutos la silla plegable de madera se convierte en su atalaya desde la que observa, casi sin querer, a la clientela. Las salidas y las entradas. Los *mollatosos*. Los capillitas. Los ociosos estudiantes. Los guiris extasiados. Busca, sobre todo, una cara, un rostro, no sabe cuál, sólo que tiene que ser de mujer; nada más. Entre sorbo y sorbo marea alguna aceituna en su boca hasta dejarla en el hueso. Luego lo deposita cuidadosamente sobre la mesa, en una servilleta de papel.

De vez en cuando alguna mujer nota la mirada de Rodrigo sobre ella y se la devuelve. Él, entonces, se siente morir y desvía la suya hacia cualquier parte. Hacia las tinajas. En una de ellas el cartel de las Fiestas de Primavera. En otra un letrero con el número de la lotería de Navidad que juega (que ya ha jugado) la clientela de la bodega. En una tercera y escrita a tiza con cuidada caligrafía la lista de las tapas:

*Sangre encebollá
Caldereta de venao
Carne con tomate.
Lomo al amontillado
Chicharrones
Montadito de pringá
Tabla de ahumados
Queso con palometa
Anchoas imperiales*

En otra más el cartel de las corridas de la Feria pasada esperando a que salga el de ésta. En otra... Hasta la lista de los reyes godos que hubiese en la última de ellas habría leído Rodrigo antes de dejar que sus ojos volvieran hacia quien le descubrió mirándole.

Otro día más esperando lo imposible, como Penélope en la estación, pero sin bolso de piel marrón. Buscando lo que sólo existe en su mente. Una tras otra las ve pasar, mira sus ojos y las oye hablar. Para él, son como muñecas. Como una de las tantas mujeres que pinta sin rostro.

Alza la cabeza, mira al dependiente en silencio para que le llene el vaso, lo vacía con premura en su boca, paga y se marcha a casa. Otro día más.

Hoy hace una breve estación en Casa Moreno —mitad tienda de ultramarinos y mitad bar— a comprar un poco de salami y un paquete de pan Bimbo para su frugal

cena. Mientras Carmela —la dueña— usa el cortafiambres para despacharle, él mira y remira las latas de conserva de la estantería modernista de madera de color hueso, como la de Morales. Berberechos, mejillones, espárragos, habas *baby*, morrillo de atún... En la trastienda la clientela bebe, ríe y parlotea. Rodrigo pasa de las conservas a los chorizos y salchichones que cuelgan del techo, como apetitosas estalactitas. Cuando el zumbido del aparato cortador cesa, él agacha de nuevo la mirada, pues es señal de que la tendera ya ha alzado la suya y no deben coincidir sus miradas. Y Carmela, que sabe de sobra las manías de cada uno de sus clientes, se lo pone fácil.

De regreso a su casa, que está justo al lado del asilo en que trabaja, vuelve a cruzar la plaza de San Francisco. Está extrañamente vacía de casetas, lonas o tenderetes. Hace tres semanas que se acabaron las fiestas de Navidad. Ya se fueron el mercadillo de belenes, la feria del libro usado o la de artesanía. Hoy sólo están los adoquines y los chatos y negros marmolillos, como champiñones de hierro fundido perfectamente alineados. Más que desnudez, lo de la plaza es casi impudicia. Por no estar no está ni el castañero que se pone en el otro extremo, justo en la esquina de Sierpes. Sin el humo de sus brasas el ambiente es aún más frío; como un rocío nocturno que todo lo cubre; hasta al aire.

Rodrigo sube por Entrecárceles camino a la calle Córdoba, la de las zapaterías, donde vive. Siempre lo hace por ahí. Lo mismo que cada día va a Morales por un camino diferente, el de vuelta no varía. Hay algo que le atrae en

él irremisiblemente: los escaparates de la ferretería de Isaías Sainz y Compañía. Cañeras, herramientas, almireces y velones de bronce, jaulas para grillos, ollas, cacerolas, sartenes. Todo lo mira sin pensar. Sin saber qué mira. Lo hace con la avidez de un niño chico. Le recuerda la cocina de la casa donde vivió de niño; el único hogar de verdad que ha tenido en su vida. Es de los pocos momentos del día en los que se puede ver algo parecido a un destello en el gris azulado de sus ojos. A veces un pequeño recuerdo se fija en la mente de alguien para no borrarse jamás y el suyo puede que esté perdido en esos escaparates.

Cruza la plaza del Salvador deprisa. En ella se siente acorralado. A su izquierda, los clientes de las bodeguitas de los soportales beben cerveza arracimados bajo el escaso techo y, a su derecha, sentados sobre la escalinata de la colegial del Salvador, otros cerveceros menos exquisitos apuran las litronas bajo sus paraguas, ajenos a la lluvia que empapa sus traseros. Huele a porro y a pachulí. Rodrigo acelera el paso y, esquivando a la estatua de bronce de Martínez Montañés, dobla la esquina de su calle.

Nada más hacerlo el relativo bullicio de la plaza casi desaparece. Es como si alguien bajase el volumen de una radio de repente. Los oídos se le expanden por dentro y él se para unos pocos metros más adelante. El silencio sería ya total si no fuese por el gorgoteo del agua de lluvia corriendo por el canalillo central de la calle, bajo los husillos metálicos.

Rodrigo se enfrenta a la puerta de su casa, estrecha, casi mimetizada con la reja de El Tacón de Aguja, zapate-

ría que ocupa toda la casa excepto su gallinero. Se baja un poco la cremallera de la parka y mete la mano por el cuello sin forma del jersey de lana que lleva debajo. Se saca por la cabeza una cadena de plata que lleva colgada del cuello con dos llaves y una medallita, también de plata, de la Virgen del Carmen, casi sin relieve ya, de tanto limpiarla con agua y bicarbonato para quitarle la negrura. Toma entre su pulgar y su índice derecho la llave más larga, la mete en la cerradura y la hace girar con decisión. Ante él, apenas a medio metro de la estrecha puerta, una escalera empinada, casi vertical, de un solo tramo y de rojizo terrazo, sube hacia la primera planta; el almacén de la zapatería. Está cerrado con una portezuela medio desvencijada, como las de las siguientes plantas excepto la suya. Otro tramo para llegar a la segunda; la oficina del negocio. Un tercero da acceso al picadero del dueño, entre cajas de zapatillas de felpa imposibles de colocar ni en la más drástica de las rebajas y los antiguos sillones de la zapatería de antes de la última reforma. Polvos rápidos y furtivos que Rodrigo escucha de vez en cuando desde su casa.

Por fin un cuarto tramo de desiguales escalones de madera más estrechos todavía, si cabe, desemboca en un minúsculo descansillo con una puerta vieja, recia y pintada de verde carruaje: su casa. Mete la otra llave en la cerradura y la hace girar también; esta vez con delicadeza, casi de una manera clandestina. El ruido del cerrojo Fac al deslizarse le hace retroceder en el tiempo más de cuarenta años; como todas y cada una de las noches cuando llega a su casa.